

Sentido cívico

Sensibilidad es –según el diccionario– la propensión natural del hombre para dejarse llevar por los afectos e insensibilidad es dureza de corazón. Sensibilidad es –creo yo– la facultad de ponerse en el lugar de los otros e insensibilidad la de actuar como si el único habitante del mundo fuera uno mismo. Ayer me lo recordó un coche aparcado frente a un paso habilitado para minusválidos. El conductor de ese coche no pensó en el enorme quebranto que le podía provocar a cualquier minusválido, sino en el mínimo contratiempo propio de tener que aparcar un poco más lejos.

El conductor en cuestión no tenía hijos minusválidos, de eso estoy seguro. De haberlos tenido, en lugar de haber aparcado frente al paso reservado a ellos hubiera puesto el grito en el cielo al ver que otro lo había hecho. Es lo que suele ocurrir en estos casos: no nos acordamos del dolor de los otros hasta que lo sentimos en carne propia. Uno puede estar en contra de que se investigue con células madre creadas en un laboratorio, por ejemplo, pero cuando los médicos descubren que su hijo es diabético, está deseando que encuentren una solución para la enfermedad, aunque sea a costa de tener que renunciar a sus principios.

En los lugares públicos hay ejemplos a miles, porque la sensibilidad está muy ligada al sentido cívico y la insensibilidad lo está a su ausencia: en la calle hay papeles o botellas que no tiraríamos en nuestra sala de estar; quebrantamos sin empacho las normas de tráfico pero no queremos que nuestros hijos corran riesgos en la carretera; si un amigo nos prohíbe fumar en su coche o en su casa, nos abstenemos, pero si lo prohíbe un cartel colocado en un polideportivo seguimos fumando como si tal cosa, y así podríamos continuar hasta la saciedad.

Juan Bosco Castilla